VERSION ESPAGNOLE ET COURT THÈME

I. VERSION

En cuanto llegaba un forastero de alguna importancia a Vetusta, se buscaba por un lado o por otro una recomendación para que Bermúdez fuese tan amable que le acompañara a ver las antigüedades de la catedral y otras de la Encimada. Don Saturnino estaba muy ocupado todo el día, pero de tres a cuatro y media, siempre le tenían a su disposición cuantas personas decentes, como él decía, quisieran poner a prueba sus conocimientos arquelógicos y su inveterada amabilidad. Porque además del primer anticuario de la provincia, creía ser –y esto era verdad- el hombre más fino y cortés de España. No era clérigo, sino anfibio. En su traje pulcro y negro de los pies a la cabeza se veía algo que Frígilis, personaje darwinista que encontraremos más adelante, llamaba la adaptación a la sotana, la influencia del medio, etc. ; es decir, que si don Saturnino fuera tan atrevido que se decidiera a engendrar un Bermúdez, éste saldría ya diácono por lo menos, según Frígilis. Era el arqueólogo bajo, traía el pelo rapado como cepillo de cerdas negras ; procuraba dejar grandes entradas en la frente y se conocía que una calvicie precoz le hubiera lisonjeado no poco. No era viejo : « La edad de Nuestro Señor Jesucristo », decía él, creyendo haber aventurado un chiste respetuoso pero algo mundano. Como lo de parecer cura no era en su intención, sino en las leyes naturales, don Saturno –así le llamaban- depués de haber perdido ciertas ilusiones en una aventura seria en que le tomaron por clérigo, se dejaba la barba, de un negro de tinta china, pero la recortaba como el boj de su huerto. Tenía la boca muy grande, y al sonreír con propósito de agradar, los labios iban de oreja a oreja. No se sabe por qué entonces era cuando mejor se conocía que Bermúdez no se quejaba de vicio al quejarse del pícaro estómago, de digestiones difíciles y sobre todo de perpetuos restriñimientos. Era una sonrisa llena de arrugas, que equivalía a una mueca provocada por un dolor intestinal, aquella con que Bermúdez quería pasar por el hombre más *espiritual* de Vetusta, y el más capaz de comprender una pasión profunda y alambicada. Pues debe advertirse que sus lecturas serias de cronicones y otros libros viejos

alternaban en su ambicioso espíritu con las novelas más finas y psicológicas que se escribían por entonces en París. Lo de parecer clérigo no era sino muy a su pesar. El se encargaba unas levitas de tricot como las de un lechuguino, pero el sastre veía con asombro que vestir la prenda don Saturno y quedar convertida en sotana era todo uno.

Leopoldo Alas, Clarín, *La Regenta*, 1885

II. THÈME

Tout de même j'abordai Barcelone avec un peu d'anxiété. La ville grouillait autour de nous, elle nous ignorait, nous ne comprenions pas son langage : quel moyen inventer pour la faire entrer dans nos vies ? C'était une gageure dont tout de suite la difficulté m'exalta. Nous descendîmes près de la cathédrale, dans une pension des plus médiocres, mais notre chambre me plut ; l'après-midi, pendant la sieste, le soleil dardait des feux rouges à travers les rideaux d'andrinople[1] et c'était l'Espagne qui brûlait ma peau. Avec que zèle nous la pourchassions ! Comme la plupart des touristes de notre époque, nous imaginions que chaque lieu, chaque ville avait un secret, une âme, une essence éternelle et que la tâche du voyageur était de les dévoiler.

Simone de Beauvoir, *La force de l'âge*, 1960.

Tournez la page S.V.P.

[1] Tela de algodón encarnada procedente de Andrinópolis.